

DIOS EN LA ESCUELA

Al fin hemos llegado a dar en lo referente a la necesidad de la instrucción religiosa en las escuelas un acorde "casi" general. Y decimos "casi", porque el ex-cura Aglipay ha desafinado lastimosamente al tocar el violón. Único instrumento cuyo manejo podemos encomendarle en la orquesta de esta comunidad, porque quien se apoda pomposa y cómicamente "Obispo Máximo" de una secta, donde los más del pueblo sencillo continúan en espíritu siendo tan católicos como antes, incurre en el desprecio de todo hombre sensato por el hecho de oponerse a la enseñanza oficial de la religión.

Nuestro compañero Paulino puso de manifiesto en el último número de ESTUDIO el mezquino alegato remitido por el sacerdote renegado al diario matutino, donde distintas personalidades vienen publicando sus sendas opiniones sobre tema de tan evidente interés, y sacó a colación el argumento Aquiles, aquel silogismo formidable, índice de la mentalidad de su autor, el cual podrá lanzarse a los espacios inconmensurables del discurso, pero difícilmente alcanzará ya altura mayor: "NO PUEDE LLAMARSE ESCUELAS SIN DIOS A LOS CENTROS DE ENSEÑANZA DEL GOBIERNO,

PORQUE... EN TODAS PARTES ESTA DIOS".

Bien, hombre, bien. Puede sentirse orgulloso el aglipayanismo con un cabecilla de este calibre y muy tranquilo el elemento Católico con un adversario de tan recio empuje intelectual. Así se comprende cómo el resultado de todos sus trabajos en el establecimiento y la divulgación del cisma se haya cifrado en destruir, empresa para la cual nunca fué menester gran dosis de talento, ni aun siquiera de habilidad. Con un par de argumentaciones como la arriba citada, eclipsará indudablemente el clásico monosílabo del rumiante doméstico y pasará en fábula al conocimiento de la posteridad.

Es consoladora la uniformidad de pareceres antes apuntada, cuando se coloca sobre el tapete negocio de tanta monta para el bienestar de una nación. Y pues tan ahincadamente venimos trabajando por la conquista de nuestra Independencia, muy puesto será en razón escarmentar en la cabeza de pueblos ya envejecidos, cuyas barbas peladas debieran ser motivo suficiente para poner las nuestras en remojo, según la previsora recomendación del conocido proverbio español.

La Pesadilla del Agricultor



De todas las latitudes llegan hasta nosotros los ayes lastimeros de gobernantes escarmentados que lamentan las consecuencias del error cometido al privar a la infancia de ese salvavidas indispensable para los naufragios de la existencia humana, tanto individual como social: la Religión. Y muestras diéramos de nuestra incapacidad para manejar por nosotros mismos los asuntos de casa, si, haciendo oídos de mercader a los gemidos procedentes de la ajena, nos obstináramos en orillar la sima del fracaso donde por ventura sucumbieron los demás.

Y bastan los rudimentos de lógica para obtener la conclusión de la imposibilidad de contar con generaciones religiosas, a menos de haber tomado oportunamente la precaución de formar la niñez en la atmósfera de sus deberes para con Dios, que fuera gran necesidad pedir cotufas en el golfo o esperar fresas de un cogonal. Nadie da lo que no tiene, dice un apotegma filosófico, como sería irracional exigir conocimientos científicos de quien jamás recibió ninguna suerte de instrucción, igualmente habría de serlo reclamar algún linaje de religiosidad de quien se aleccionó en las letras, sin amaestrarse al mismo tiempo en las verdades de la religión.

“Desde antiguo, dice W. Rein, han estimado todos como primera y principal materia escolar, el ESTUDIO DE LA RELIGIÓN, el cual debía fortalecer los sentimientos religiosos y morales, como base de la futura vida en la Iglesia, el Estado y la comunidad”. “A la escuela, añade el mismo, toca la transmisión de todos los elementos de cultura, y por consiguiente, también de la RELIGIÓN”. “La religión, continúa el gran pedagogo, pertenece tan esencialmente al total movimiento de la cultura, que la enseñanza escolar que renuncia a ella sólo puede dar FRAGMENTOS DE CIVILIZACIÓN”.

“La Etica, escribe Th. Vogt, señala los fines dignos del hombre, pero no da garantías de conseguirlos. ESTAS SOLO PUEDEN HALLARSE EN LA RELIGIÓN”. “Para el sumo perfeccionamiento y firmeza de la moralidad, asegura Foerster, no se puede prescindir de la religión”. Y el ya citado Rein, nada sospechoso de clericalismo, confiesa que “cuando se viene a la conducta moral, sólo la Religión se ofrece como poderoso sostén y la FE RELIGIOSA es quien puede sostener nuestras vacilaciones

nes y animar y enderezar nuestra flaqueza.” Seguir el camino de citas, sería cuento de nunca acabar.

Pero, no queríamos omitir una más, de Joseph Reinach en el “Histoire d'un Idéal”, donde se expresa así: “La Historia y la experiencia enseñan que la Iglesia y la escuela son ambas indispensables. No era un reaccionario, sino un filósofo excomulgado, Renán, quien les había asegurado (a los fundadores de la instrucción primaria obligatoria) que una nación no puede prescindir de la una ni de la otra. Hubiérase debido edificar la escuela al lado de la Iglesia, y se ha querido, por el contrario, levantarla sobre sus ruinas. No hemos acabado de pagar las consecuencias de ese fatal error.”

Y de esta guisa indefinidamente. Todas las manifestaciones de estadistas y pensadores de distintos credos religiosos o políticos desarrollan, con las variantes peculiares de su respectiva filiación doctrinal, el mismo “leitmotiv”, escrito siempre en tono menor y con tinte marcadamente melancólico, el más adecuado al género de lamentación. Esta armonía de opiniones de cerebros tan privilegiados debiera reprimir las demasías de tantos afómanos indoctos que escriben con desenvoltura, sin primero tomarse el trabajo de estudiar.

Mas, puesto que todos hayamos convenido en la necesidad de llevar la Religión a las escuelas públicas, bueno será declarar cuál sea la manera más conducente de poner al gato el cascabel. En las declaraciones publicadas por el diario matutino, cuyas gestiones han comunicado esta vez calor a problema tan trascendental, quedan apuntados algunos medios de solucionar las dificultades provenientes de la diversidad de Credos hoy registrada en nuestra comunidad. Nos duele declarar que disentimos de todos ellos, no precisamente porque todos se nos antojen erróneos, sino por haberse reducido los más aceptables a exponer media verdad.

Verdad es que lo mejor resulta muchas veces enemigo de lo bueno, pero no está menos demostrada la inutilidad de los paños calientes, con los cuales podremos distraer acaso al paciente, mas nunca serán medios eficaces para devolverle la salud. Otro día diremos lo demás.

LUIS VARGAS.

La ciencia de las religiones

Con el permiso y venia de los amables lectores vamos a adentrarnos hoy en el ancho y vasto campo de una nueva rama de las ciencias teológicas, nacida, como tantas otras, al calor del odio sectario, que de todo se vale y que lo utiliza todo con tal de conseguir—vano empeño—dar un mentís a la Iglesia Católica, el enemigo que se han empeñado en destruir y aniquilar, pero que no obstante todas sus diatribas y sus ataques redoblados, permanece siempre igual, siempre triunfadora, cada vez más bella, tanto más hermosa y pura cuanto más combatida.

No faltan espíritus apocados entre los católicos—por otra parte fervorosos y buenos—que se asustan cuando alguien se les pone delante y con la mayor frescura y el cinismo más descocado niega los dogmas de nuestra religión. Entre nuestros enemigos abundan los que creen que para destrozarse el cristianismo les basta y sobra con despotricar—tal es la única palabra adecuada—contra aquello que hay de más noble y sagrado en el Catolicismo; de ahí su táctica cien veces reprobada de afirmar sin probar nada, de estampar en las columnas de su prensa los mayores absurdos, sin detenerse a probarlos.